

LA MISERICORDIA EN EL CARISMA MERCEDARIO

La misericordia es uno de los elementos integrantes del carisma, aunque podríamos decir que pertenece al núcleo del mismo por estar totalmente enraizada en la caridad. Partimos de la radical carencia del ser humano, ser contingente que depende de Dios y, en cierta medida, de los demás. Nadie es totalmente autosuficiente y la limitación humana se puede convertir en una profunda necesidad. La misericordia es esa forma particular que tiene Dios de acercarse a la humanidad precisamente en lo más vulnerable de la persona. Él es quien mejor ha tocado las heridas de la humanidad para sanarlas.

Dios tiene en cuenta la limitación y la vulnerabilidad humana porque no es un Dios impasible y alejado. No es el Dios de los filósofos, perdido y adormecido en su cielo. Es un Dios que se implica en el sufrimiento del ser humano, lejos de lo que piensan hoy en día tantas personas. ¿Cuál es la imagen de Dios que hemos presentado y presentamos a nuestra sociedad? ‘Dios sufre con’, y si eso es así, nosotros no podemos permitirnos el lujo de permanecer indiferentes. A veces tranquilizamos nuestra conciencia con actos caritativos, pequeñas limosnas... que no liberan al ser humano de la opresión ni lo levantan de la postración.

Me atrevo a decir que la hermana mercedaria de la caridad, por carisma, o es una mujer misericordiosa o no es mercedaria, porque la misericordia es una forma concreta de vivir la caridad. Ella, a través de su vida y sus palabras, ha de ser el canal por donde se transmite la misericordia. Con su entrega y su forma de actuar va dejando a su paso gestos de misericordia que son medio de difusión del carisma. ¿Qué entregamos de nosotras mismas? ¿Lo entregamos todo como la viuda o reservamos gran parte de nosotras? Totalidad en la entrega significa que nace del interior: de un corazón convencido, enamorado, apasionado. El verdadero amor no mide, no calcula, no espera nada a cambio.

He elegido las obras de misericordia por su profundidad y porque en ellas se contiene lo mejor de la misericordia. Cada una de ellas trata alguno de los grandes temas que afectan a la humanidad y toca la raíz más vulnerable del ser humano:

Hambre (hambrientos)	Ignorancia (ignorantes)
Sed (sedientos)	Duda (desorientados)
Destierro (sin techo)	Error (equivocados)
Desnudez (desprovistos)	Ofensa (ofendidos)
Enfermedad (enfermos)	Tristeza (tristes)
Esclavitud (esclavos)	Limitaciones (molestos)
Muerte (inertes)	Necesidades (necesitados)

En la medida en que las vayamos profundizando, comprobaremos una amplia gama de actitudes y acciones que nacen de un compromiso firme y consolidado de vivir la caridad. Considero que a través de ellas podemos descubrir la riqueza de nuestro carisma en la perspectiva de la misericordia.

OBRAS DE MISERICORDIA

El Papa Francisco, en *Misericordiae Vultus* dice: “*Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargada, ante el drama de la pobreza*”

El P. Zegrí, en ‘Instrucción para las jóvenes que soliciten ingresar’ estableció la importancia de las obras de misericordia para nuestro carisma y misión: ‘...ejerciendo todas las obras de misericordia, espirituales y corporales, en la persona de los pobres’. Aparece con cierta

relevancia en las Constituciones y constituye el núcleo de nuestra labor diaria, ya que nuestro carisma de caridad sólo se puede aplicar a través de estos gestos redentores llamados obras de misericordia.

A lo largo del Evangelio están especificadas de muchas maneras, por medio de las palabras y de las obras de Jesús. En ese sentido, hay textos paradigmáticos que hacen alusión a ellas. Así, Mt 25 es el fundamento en el que se basa el elenco de las obras de misericordia corporales: *Venid, benditos de mi Padre. Heredad el Reino preparado para vosotros desde la Creación del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...* Lc 4 presenta el programa de Jesús, cuya misión está dirigida a los más pobres y necesitados. Estos son los destinatarios de la misericordia de Dios, y como consecuencia, de la misericordia de Jesús, en la cual se basa la misión de la Iglesia. También en el Antiguo Testamento aparecen múltiples textos que hacen referencia a las necesidades concretas del ser humano y a la acción misericordiosa que quiere Dios: *El ayuno que yo quiero es éste: abrir las prisiones injustas, hacer saltar los cerrojos de los cepos, dejar libres a los oprimidos, romper todos los cepos; compartir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, vestir al que ves desnudo y no preocuparte de tu hermano* (Is 6,7)

Es curioso constatar la formulación de las obras de misericordia, ya que contiene en sí dos tipos de personas: la que posee y la que carece. Y me pregunto en qué lado me sitúo, pues no podemos considerar esta clasificación como algo estático, sino que se produce una alternancia entre el agente y el destinatario. Así pues, en muchas ocasiones soy quien puede dar; y en otras, quien necesita recibir. Ningún ser humano es totalmente necesitado y ninguno es totalmente poderoso. El mismo Jesús, que en el Evangelio está al servicio de los necesitados, termina situándose en el lado contrario. Esto ocurre principalmente en la cruz. Y también, en Mt 25, Él se coloca como ejemplo de todos aquellos que mendigan el favor de los demás: ‘tuve hambre..., estuve desnudo...’. Es el testimonio más claro de la misericordia: ponerse en el lugar del otro. Si nos situamos exclusivamente en el primer grupo, y no nos identificamos con el segundo, estaremos adoptando una actitud autosuficiente. La mejor forma de practicar la misericordia es reconociendo nuestra propia debilidad y necesidad; sólo así podremos ponernos en el lugar de los demás.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

Como he dicho antes, cada obra de misericordia contiene dentro de sí una gran diversidad de interpretaciones y formas de llevarla a cabo. En ese sentido, la primera y la segunda obra de misericordia hacen alusión a lo más básico del ser humano: el sustento para poder vivir; pero desde un punto de vista simbólico y metafórico, también alude a muchas otras situaciones relacionadas con el hambre y la sed.

En primer lugar, el hambre real en el mundo exige una intervención por parte de todas las instituciones, que permitan paliar esta desgracia mundial que azota a millones de víctimas. A continuación extraigo unas palabras referentes a un reciente informe de la FAO:

04 de abril, 2016 — La Asamblea General de las Naciones Unidas adoptó hoy una resolución que proclama el Decenio de acción sobre la nutrición de la ONU para 2016-2025, con la intención de impulsar el combate al hambre y movilizar los recursos hacia esa lucha. [...] Según cifras de Naciones Unidas, actualmente hay casi 800 millones de personas que padecen subalimentación crónica y más de 2.000 millones sufren deficiencias de micronutrientes. Además, 159 millones de menores de 5 años tienen retraso del crecimiento y otros 50 millones tienen un peso bajo para su estatura. Por otra parte, 1.900 millones de personas tienen sobrepeso y 600 millones de ellas son obesas, cifras que van en aumento en casi todos los países.

A los hambrientos los colma de bienes es la fundamentación bíblica del Dios de la misericordia. Él es el primero que apuesta por una distribución justa de los bienes y condena la acumulación de

los mismos: “*a los ricos los despide vacíos*”. Atender a los hambrientos se ha convertido en una obligación mundial, ya que la realidad del hambre es fruto de la injusticia social. Todos sabemos que si a unos les falta, es porque a otros nos sobra. Nuestra Congregación, a la largo de la historia, ha tratado de dar respuesta a esta necesidad. Valgan algunos ejemplos: los comedores de caridad que existieron en su tiempo, y los centros congregacionales cuya obra apostólica acoge a personas necesitadas de un hogar, y muchos otros casos. También el P. Zegrí remediaba las necesidades más primarias de aquellos que llamaban a su puerta.

Sin embargo, nos urge adoptar compromisos personales y comunitarios que remedien estas situaciones. El planteamiento puede ser diverso, pero no podemos olvidar que lo importante es estar dispuestas a privarnos de lo que nos sobra, para poder ejercer la justicia con los hambrientos.

Esta obra de misericordia abarca también otras necesidades humanas, que no son tan básicas, pero sí son más profundas. Así, en en *Misericordiae Vultus* el Papa habla del hastío del ser humano. Este hastío significa que la humanidad está harta de todo aquello que no alimenta, y tiene hambre de lo trascendente. La superficialidad nos aburre, no nos llena. ¿Tiene algo esto que ver con el carisma o con nuestra misión? Sí, y mucho. La gran diferencia está en los valores que estamos ofreciendo al ser humano de hoy y a la sociedad para llenar su vacío, para alimentar su hambre de otra cosa alternativa: la oferta de valores sólidos que apuntan hacia la felicidad de la persona, hacia el pleno sentido de sus vidas. Presentar un estilo de vida diferente que no les hunda en la rutina, la desesperanza, el desaliento... esto también es misericordia: preocuparnos de la dimensión trascendente de la persona, tocar fondo en el vacío que todos sentimos en nuestro interior y llenarlo, alimentarlo con un pan sólido y consistente, un pan que nunca les falte, porque lo tienen dentro de sí mismos.

Aquí radica la mística del carisma: esa oferta de felicidad que nace, no del pan material y todo lo que vende la sociedad de consumo, sino del pan de la vida, que va mucho más allá del sacramento, porque pertenece a la esencia del mismo e incluso lo trasciende. Es decir, la Eucaristía sacia a todos los hambrientos porque habla de la misericordia infinita de Dios, que entregó a su Hijo por amor. Aquí es la misericordia de Dios la que está dando de comer a los hambrientos. Y en ese caso, los hambrientos somos todos, por haber sido integrados en la redención propiciada por la muerte y resurrección de Cristo. Nosotras, mercedarias, cómo podemos traducir esto en obra de misericordia desde el carisma. En primer lugar, dando un mayor sentido a la Eucaristía, no sólo como acto litúrgico, sino sobre todo como memorial: tener siempre presente nuestra historia, en este caso de pueblo de Dios redimido y salvado. La Eucaristía siempre nos remite a la historia de la salvación por parte de Dios y nos recuerda las misericordias del Señor con su pueblo, las misericordias del Señor con la Congregación y con cada una de nosotras. Es momento para el memorial, para recordar. Por otro lado, la Eucaristía, no sólo nos habla de la misericordia de Dios, sino que nos envía a ser misericordiosas viviendo la caridad redentora como proceso de regeneración en la persona y *en todas sus formas*.

DAR DE BEBER AL SEDIENTO

El agua es fuente de vida. Sin agua moriríamos. Junto al alimento, el agua cubre las necesidades básicas. Esto es lo primero que hay que cubrir en la persona. Todos tenemos experiencia de sentir sed, quizás con más fuerza que el hambre. Y sabemos la necesidad que tiene el cuerpo de agua para nutrirse. Podemos decir que estamos en un caso semejante al anterior, pero con alguna diferencia. Normalmente la escasez de agua depende de las circunstancias en que nos encontremos. En situaciones de pobreza, este problema resulta aún más acuciante. Así, uno de los proyectos fundamentales en la atención a las necesidades primarias es la de canalizar el agua en aquellos lugares donde falta. Tenemos un testimonio de una ONG que está tratando de encauzar el agua de la lluvia, para que el pueblo la pueda aprovechar:

«El cambio climático es una realidad y los empobrecidos lo sufren más, porque se están alterando los ciclos de las cosechas, y los efectos de las sequías y de fenómenos como el Niño y la Niña están acabando con cosechas enteras de maíz y frijol, que son el principal sustento de estas comunidades [...] Cuidar del agua y del medio ambiente, y apoyar a quienes trabajamos en ello, es hacer que la misericordia de Dios restaure la dignidad de los pobres».

Por otro lado, nos anima a que sepamos cuidar el ambiente y no derrochemos el agua, artículo de lujo para nosotros y medio de subsistencia para los pobres. Cuando ignoramos la escasez de agua que hay en otros lugares del mundo, estamos siendo egoístas e insolidarios, y sólo reaccionamos cuando nos toca de cerca, es decir, cuando nos falta la lluvia y sentimos la necesidad. Sin embargo, nosotros aún tenemos recursos suficientes para paliar esa carestía, por eso aún no hemos tomado conciencia plena de las consecuencias reales de la falta de agua. Por eso, cuidar el ambiente, aunque aún no sintamos la necesidad, es un gesto de solidaridad con los pobres.

Al igual que en la anterior obra de misericordia, dar de beber al sediento significa mucho más de lo referente a la necesidad básica. La sed puede aludir a necesidades profundas del ser humano. Como en el caso de la samaritana, ella era la que estaba sedienta de felicidad y buscaba en pozos secos. Y Jesús es quien proporciona el agua que da vida.

La sed de felicidad la sentimos todos, y lo mismo que la samaritana, a menudo buscamos allí donde no está el agua verdadera. Solemos apagar nuestra sed con sucedáneos del agua, que en definitiva, acentúan la sed, como ocurre en la realidad. La samaritana había sustentado su felicidad en los amores insatisfechos, que la dejaban más vacía, y aún no había descubierto dónde estaba la verdadera felicidad. Jesús es quien le hace tomar conciencia de su realidad, en una especie de confrontación, y ella descubre en sus palabras y en aquel contexto, que hay otra agua superior, capaz de llenar el vacío humano y saciarlo hasta la plenitud.

Nosotras, mercedarias también sentimos esa sed y somos llamadas a saciar, desde nuestra experiencia de Dios, al ser humano necesitado de ideales. No somos las que poseemos la mejor agua, el agua que salta hasta la vida eterna, pero sí hemos bebido de esa agua y sabemos dónde encontrarla. Es una forma de ayudar a hidratar la vida de aquellos que viven en la esterilidad.

Hidratar la vida significa proporcionar cauces. No dejar que el manantial se seque, y proporcionarle medios para que siga fluyendo su potencial. A veces nosotras mismas tenemos que quedarnos con sed, para dar a otros. La mercedaria, cuando se sitúa ante la persona, debe intentar descubrir el vacío que hay que llenar, saber qué es la felicidad para esa persona y facilitarle caminos. Hidratar la vida es regenerar lo que está seco, como una planta angosta, como la higuera estéril, que sólo necesita el agua de la paciencia. No perdamos la esperanza y tratemos de regenerar a aquella persona que está desmotivada, y la apatía la aplasta, o la baja autoestima la hunde. Es como una planta mustia. El carisma mercedario genera vida y transforma los desiertos en verdes dehesas, porque es un carisma regenerador. Por tanto, hidratar la vida es creer en la persona, motivar, infundir optimismo, descubrir su potencial...

La samaritana encontró la razón de su vida en aquel pozo; allí encontró la verdad de su existencia gracias a un encuentro, porque supo acoger el agua de la vida. Nosotras, mercedarias, también debemos ofrecer el agua que da sentido a la vida, facilitando el encuentro.

DAR POSADA AL PEREGRINO

Es el otro nombre de la acogida, elemento integrante de nuestro carisma. Con esta obra de misericordia se nos invita a dar posada al peregrino siempre que acogemos con naturalidad a las personas que se acercan a nuestra vida, sobre todo aquellas que necesitan atención, escucha..., aquellas que muchas veces no nos pueden dar nada a cambio. Peregrinos somos todos, porque

todos necesitamos ser acogidos y comprendidos, y la hermana mercedaria de la caridad está llamada a servir y ofrecer su tiempo y sus cualidades a quienes más la necesitan. Está llamada a comprender, ayudar, entregarse... De esta manera incluye en su vida a quienes son prójimos.

Pecamos contra esta obra de misericordia cada vez que en comunidad juzgamos o criticamos. De esta forma estamos diciendo 'no' a los derechos de la persona. Estamos cerrando puertas, en vez de abriendo. Y la apertura de la Puerta Santa es una invitación a abrir los brazos para recibir e integrar.

A Jesús los suyos no le recibieron. Fue este el primer rechazo recibido por Jesús. La historia de la humanidad no estaba dispuesta a dar posada al peregrino, aquel peregrino que había hecho un largo viaje desde el seno de la Trinidad hasta su nueva morada que sería la naturaleza humana. Todo lo contrario de lo que hicieron María y José, que renunciaron a sus planes y a su propia vida para vivir desde ese momento en función del peregrino que a ellos se acercaba: el Hijo de Dios encarnado.

Nosotras, en nuestra historia congregacional, contamos también con esta actitud de rechazo, semejante al que recibió Jesús. Y no podemos heredar de los orígenes el pecado, sino la misericordia. Es decir, en nuestros albores congregacionales, un grupo de hermanas desterraron al P. Zegrí y le cerraron las puertas de la Congregación, lo expulsaron de su propia obra. Es el pecado de injusticia que marcó nuestros primeros orígenes. Y nosotras estamos llamadas a ser continuadoras de la misericordia y no del pecado. Estamos llamadas a seguir la iniciativa y el impulso de amor que movió a nuestro Padre Fundador a generar un proyecto que incluyera a todos aquellos que estaban siendo masacrados por la injusticia. Increíble paradoja la que jalona las primeras páginas de nuestra historia congregacional: aquel hombre que luchó por la justicia fue víctima de la mayor injusticia; aquel hombre que luchó por los más pobres y desheredados fue arrinconado al último lugar, y olvidado.

Dar posada al peregrino nos recuerda también la parábola del buen samaritano, que curiosamente desglosa infinidad de gestos redentores incluidos en el carisma mercedario. Es el ejemplo claro de todas las obras de misericordia ejemplificadas en un solo caso.

Nos toca ahora acercarnos al caminante atendido por el samaritano, que lo lleva a la posada y paga con antelación su hospedaje. Es otra forma de abrir las puertas de su casa al prójimo, en este caso un extraño. Le abre las puertas y le abre el bolsillo, pues paga con generosidad los cuidados. No escatima a la hora de desprenderse de su dinero, de lo que es suyo, para darlo a la persona necesitada. Es el caso de tantos peregrinos que se cruzan con nosotras: los inmigrantes que llegan a nuestras costas, de los ancianos que vienen a nuestras residencias, de los niños acogidos en nuestras casas... y de tantas otras situaciones que a lo largo de la historia han sido atendidas por la hermana mercedaria de la caridad, que no ha escatimado esfuerzos en su entrega diaria.

Nuevos retos aparecen en nuestro horizonte ante el caso de los refugiados. Es una nueva llamada a dar posada al peregrino, al extranjero que viene de lejos y ha sido desterrado de su heredad, como nuestro P. Zegrí. Volvamos a renovar nuestros orígenes y acojamos en nuestra casa a todos los que han sido expulsados de la suya. De esta forma, estaremos abriendo las puertas al Jesús que rechazaron y al P. Zegrí que alejaron.

En este momento podríamos reflexionar cómo atender esta necesidad, cómo estamos dando respuesta a esa llamada de los orígenes.

VESTIR AL DESNUDO

Dice Marko Rupnik, sj: *“El vestido tiene que ver con la identidad más profunda de la persona. Tan es así que la desnudez es la pérdida de esa identidad y expresa su cercanía a la muerte”*.

En ese sentido, la obra de misericordia no es tan literal quizás como las otras, pues es muy fácil dar a Cáritas la ropa que nos sobra. El sentido profundo de esta obra va mucho más allá. En ella está incluida la recuperación de la dignidad de la persona.

En Apocalipsis las vestiduras blancas, como en la transfiguración, simbolizan la resurrección, el gran premio a la misericordia. Simbolizan el traje de la gloria, la recuperación del vestido perdido en el paraíso, la recuperación de la imagen y semejanza de Dios. Con el pecado quedan desnudos, pierden su dignidad. El carisma mercedario invita a regenerar, a redimir el pecado y recobrar la dignidad perdida. En lo concreto supone ayudar a la persona a que descubra la gran riqueza y potencialidad que hay dentro de sí misma. En la comunidad, significa ayudar a la hermana a recuperar la autoestima perdida.

Para vestir al desnudo, hemos de despojarnos de lo que nos sobra. El desnudo es aquel que no tiene lo suficiente para vivir, el que ha sido despojado de sus derechos, expulsado de su tierra. A Jesús lo despojaron; se repartieron su túnica. Nadie le ofreció su vestido. Al hijo pródigo, sin embargo, le pusieron el mejor vestido, el traje de fiesta, como símbolo de que era nuevamente reconocido como dueño de la casa. No era un extraño. Al P. Zegrí también lo despojaron hasta de sus restos mortales, el verdadero vestido utilizado aquí en la tierra; sin embargo, él vistió a tantas personas de su dignidad perdida...

En la comunidad, me atrevo a decir que a veces ‘desnudamos’ a la gente, la despreciamos, le quitamos su mejor vestido. Sin embargo, el carisma mercedario otorga dignidad y no puede realizar lo contrario. En nuestras comunidades no podemos vulnerar algo tan digno como la identidad de la persona, revistiéndola de los trajes que nosotras mismas cortamos. La persona en su totalidad no es lo que se manifiesta exteriormente, y sin embargo, nosotras etiquetamos. E incluso a veces vivimos engañadas por lo externo, que no siempre se corresponde con la realidad. ¿Qué tipo de vestido hemos colocado a cada una de nuestras hermanas?

Por otro lado, hemos de preguntarnos cómo es nuestro vestido. Estamos vestidas de materialidad. No nos falta de nada. Nos vamos rodeando de cosas que las convertimos en necesidades y las utilizamos para esconder nuestro interior, que ha podido quedar vacío a fuerza de vivir en la superficialidad.

Para vestir a otros, hemos de estar nosotras bien equipadas; como diría San Pablo: revestidas con la armadura de Dios, que no sólo nos otorgará dignidad, sino fortaleza en las adversidades, firmeza y seguridad...

“La justicia y la verdad” como cinturón (Isaías 11, 5)

“La rectitud” como una “coraza” (59, 17);

“Noticias de paz” para calzar los pies.

“Casco de la salvación” para cubrirse la cabeza

“Y finalmente, que tomaran “la espada del Espíritu”, que es la Palabra de Dios.

Si nuestro vestido son bienes espirituales, al compartirlos no los perdemos, sino que se multiplican. Por eso hemos de vivir desprendidas de lo material y ser nosotras las que regalemos nuestras posesiones, antes de que la vida nos despoje de ellas.

Es el momento para reflexionar en qué medida es cierta la afirmación de que a nuestras hermanas les quitamos su mejor vestido. ¿De qué manera contribuyo yo y por qué?

VISITAR AL ENFERMO

Toda mercedaria visita el dolor, aunque no pertenezca al campo de la sanidad. Y lo visita cada vez que cura llagas, remedia males, calma pesares... Cada mercedaria, en cualquier lugar del

mundo, tiene la posibilidad de acercarse al dolor, a la miseria, a la limitación... y sanar, calmar, remediar.

Visitar el dolor significa salir de nuestras comodidades y rutinas, como lo hizo María, para acercarnos a la realidad del otro. En esta obra de misericordia, salimos de nuestra casa para entrar en la casa del otro, en la vida del otro. Y no entramos para curiosear, sino para interesarnos por su situación y prestar el servicio necesario. María no miró su propia realidad, su propia situación, que también lo era de necesidad, sino que puso el foco de atención en la necesidad ajena. A nosotros nos ocurre al revés: en muchas ocasiones estamos más centradas en nuestras situaciones personales, y esto nos resta capacidad a la hora de descubrir la llaga de los demás. Nuestras propias dolencias no deberían dificultar la entrega, siempre y cuando no superen el grado de la normalidad.

Jesús dedicó su vida a enseñar y a sanar, y sus grandes milagros buscaban la sanación y la salvación. Él mismo decía que no tenían necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Para Él, la mayor enfermedad era el pecado, pues era la causa de todos los males. Y sólo Él podía salvarnos del pecado. Pero de alguna forma nos pide también a nosotras que nos acerquemos a las diferentes situaciones de pecado para sanarlas. No sólo estamos llamadas a curar llagas, sino también a calmar pesares y remediar males. El mal, cuando domina al ser humano, es fuente de sufrimiento. Y nosotras somos llamadas a regalar felicidad. Para ello debemos ayudar a superar el mal, allí donde esté oprimiendo al ser humano. Es la mayor enfermedad y la mayor esclavitud.

En eso radica el misterio de la Encarnación, en que Dios ha visitado y redimido a su pueblo. Ha llevado a cabo los dos términos de esta obra de misericordia: visitar y sanar. Él sale del seno de la Trinidad para adentrarse en la naturaleza humana. Es el mayor éxodo realizado en la historia y la más grande manifestación de misericordia que brota del corazón de Dios. No sólo ‘visita al enfermo’, sino que asume en sí mismo la debilidad del ‘enfermo’. De esta forma nos redime, cargando sobre sí mismo la culpa de la humanidad.

Y a nosotras, mercedarias, que somos llamadas a vivir un carisma redentor, esta obra de misericordia debería golpearlos de una manera especial, ya que nos impele a asumir como Jesús la culpa o la enfermedad ajena. Era lo que hacían los primeros mercedarios: rescatar ofreciéndose ellos mismos para expiar la culpa. ¿Qué supone esto en nuestra vida diaria? Significa...

- a) tomar conciencia de la ‘enfermedad’ o situación del otro,
- b) dejarnos afectar por ella,
- c) integrarla en nuestra vida como un compromiso que nos mueve a actuar.

A partir de aquí, nuestra vida ya no es la misma; algo la ha cambiado. La sensibilidad ante el dolor ajeno y el compromiso efectivo manifiestan que algo diferente ha modificado nuestro proyecto de vida.

SOCORRER A LOS PRESOS

Podríamos decir que es la obra de misericordia más mercedaria de todas, pues en ella se simboliza lo más genuino del carisma: la liberación del ser humano de todas las esclavitudes que le impiden ser feliz, y sobre todo la obra de la redención efectuada por Jesús en bien de toda la humanidad.

Sin embargo, resulta paradójico descubrir que Jesús, el hombre más libre de la historia, fue hecho prisionero y fue sometido a la condena más abominable que entonces existía. Y resulta paradójico porque precisamente nos va a liberar a través de su propia condena. Él no se aprovechó de su condición de Hijo, por la cual nos podría haber redimido sin necesidad de

someterse Él mismo a la vergüenza y la ignominia de la cruz. Por Él no pagaron ninguna fianza; más bien al contrario, fue Él quien pagó el rescate para que todos los demás fuéramos salvos. Y a pesar de todo, no reivindicó por esta causa injusta.

El primer preso que fue liberado con la entrega de Jesús fue Barrabás: soltaron al preso equivocado. En este dato se manifiesta que ninguno de nosotros es digno de la salvación otorgada por Jesús, pues todos somos pecadores, al igual que Barrabás. Pero Jesús igualmente se entrega. Él hace el bien sin mirar a quién, e incluso justifica a sus verdugos: ‘Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen’. No nos redimen nuestros méritos. Es el amor y la misericordia de Dios la gran fuerza que redime, y el perdón es su mejor manifestación.

Todos somos prisioneros del mal y del egoísmo. Todos necesitamos ser liberados de alguna esclavitud o dependencia. Unos a otros podemos ayudarnos en nuestro personal y comunitario proceso de liberación. Y normalmente conocemos ‘*de qué pie cojea cada una*’, pero nos instalamos y no nos ayudamos. Es más cómodo seguir como estamos, sin mover nuestra vida, sin dejarnos interpelar por el mundo exterior con sus llagas y dolores. No somos mejores porque estemos ya institucionalizadas; a veces esto mismo nos encierra en un frío caparazón que impide dejarse golpear e impactar.

Existen muchas situaciones que aprisionan al ser humano: mujeres maltratadas, prostitutas, drogadictos... Existen también esclavitudes y dependencias encuadradas dentro de la normalidad, y de las que hay que tomar conciencia para poder superar. Todos hemos de entrar en un proceso de regeneración que nos conduzca hacia la más alta dignidad. En esto consistía la misión fundamental realizada por el Padre Zegrí en la *casa de arrepentidas*: liberar de las esclavitudes a las que les sometió la sociedad e ir integrando su vida en el proceso de la redención.

En nuestra misión diaria, sea cual sea nuestra obra apostólica, podemos aprender del Padre Zegrí a regalar ámbitos de libertad a las personas con las que nos relacionamos:

Espacios de libertad física, ofreciéndoles *un hogar*.

Social: propiciar relaciones *cordiales, armónicas*...

Psicológica: horizonte limpio y pacificador, esperanza de un mundo mejor, infundir *deseos de vivir*...

Espiritual: *encontrarse con Dios*, a través de nuestros gestos.

Entrar en el misterio de la redención: descubriendo el ‘infierno’ de cada persona, para *redimirlas, en colaboración con Cristo*.

También el P. Zegrí fue acusado injustamente. Él, que tanto trabajó por la justicia, fue sometido a la injusticia. De esta forma encarnó en su propia vida el carisma mercedario que él mismo profundizó y transmitió a la Congregación. Su mejor legado fue el testimonio de su vida, que se convirtió en rescate para aquellos que necesitan ser liberados. Él llegó a convertirse en el pobre entre los pobres y se sintió necesitado, al igual que todos aquellos a quienes iba dirigida su obra.

La Historia de la Congregación ha escrito páginas extraordinarias a favor de los presos de la sociedad:

En lo que al apostolado en las cárceles se refiere, recordemos que éstas se multiplicaron en aquel momento de nuestra historia. Era debido a que los reclusos que llenaban las cárceles de España se encontraban allí por motivos políticos, resultado del enfrentamiento ideológico surgido en aquel período de la guerra civil del 36. Y, aunque no faltaban tampoco los delincuentes comunes, los primeros aumentaban considerablemente las estadísticas en el ámbito penitenciario.

Los presos estaban habituados a encontrarse de cara con una disciplina férrea e intransigente. La sociedad siempre ha considerado a estas personas como seres despreciables, indignos de cualquier acto de comprensión y, además, incapaces de restaurar su propia vida. Sin embargo, la presencia de las hermanas en las prisiones sorprendió favorablemente el viejo concepto que de las cárceles se tenía, y los reclusos encontraban a menudo entre aquellas paredes un hogar, más que un presidio. Gracias a la labor mercedaria, que alcanzó cotas altas de entrega en el servicio, encontraban calor y vida en aquellos lugares perdidos en la oscuridad del rechazo y el desaliento de la culpa. Nuestras hermanas supieron acercarse al dolor humano en su más profunda herida, y llenaron de paz el corazón de quienes necesitaban experimentar el amor de manera gratuita.

ENTERRAR A LOS MUERTOS

Puede resultar difícil entender esta obra de misericordia, ya que el hecho en sí, entendido de forma literal, es algo que hay que realizar irremediamente. Es uno de los ritos que pertenece a la rutina de la vida. Y sin embargo, a veces resulta bastante costoso a las familias humildes y pobres. Es el caso de una mujer marroquí que se vio en la necesidad de traer a su hijo de cuatro meses a España; necesitaba urgentemente ser operado. He aquí el mensaje que envié mi hermana, que trabaja como enfermera en la UCI de Pediatría de Granada:

Un niño de meses muy grave nos lo trasladaron desde Melilla para que lo operaran a vida o muerte (y no es ninguna exageración). El domingo (27 de marzo), el pobre niño murió, y la cuestión es que no era español, era de Marruecos. Su madre, que ha estado en el hospital todo el tiempo, sin salir de él en ningún momento y totalmente sola, sin familia ni nadie conocido, es muy humilde, no tiene medios económicos para pagar la repatriación del cadáver. En fin, este mensaje es por si queréis-podéis, aportar algo de dinero para ello. En la UCI estamos recogiendo, y tengo entendido que también en La Mezquita. Hay que recaudar 3.000 €, que es lo que vale. Cada uno lo que pueda, y si recaudáis entre vuestros conocidos, sería genial también.

Lo más significativo del caso es que el viernes (1 de abril) me pongo en contacto con ella para decirle que un cónsul marroquí está dispuesto a solucionarlo y procurar que toda la gestión resulte gratis. Llegué tarde, ya habían aportado el dinero, y la madre, con el cadáver de su hijo, se encontraban ya en Marruecos. Habían sido ayudados por personal de la UCI y gente sencilla del pueblo marroquí. Incluso la funeraria descontó 4.000 €, que se habrían sumado a los 2.500 € que realmente hubo que pagar. ¡Es increíble con qué rapidez actuaron! Aquí se ve con claridad que el hecho de enterrar a los muertos no es tan fácil ni siquiera asequible a todo el mundo. Y también se puede apreciar cómo se volcó la gente ante esta necesidad.

Más allá de estas realidades cotidianas a las que hay que atender de manera inminente, podemos descubrir en este acto un profundo contenido que trasciende la materialidad del mismo.

Una de las grandes verdades que se contiene en su trasfondo es el dato de que nuestro cuerpo no es un envoltorio sin más, sino que es templo del Espíritu Santo, y como tal hemos de tratarlo hasta el final. Esta realidad debería cambiar la vida de tantas personas que se relacionan con su propio cuerpo o con el de los demás de forma superficial. Nuestra corporeidad es sagrada, pues es la morada donde habitamos a lo largo de nuestra vida. En esa morada también habita Dios y no podemos denigrarla ni rebajar su valor. Esto nos hace pensar en tantas situaciones de maltrato o falta de respeto al cuerpo: hedonismo, adicciones o pasiones que esclavizan, asesinatos... Por otro lado, también podemos encontrar la otra cara de la moneda: el culto al cuerpo. Es otro exceso que hay que evitar, y de alguna forma también hay que 'enterrar' esa concepción del cuerpo. No podemos olvidar que nosotras, por carisma, debemos adoptar una relación con el cuerpo teniendo en cuenta la dignidad de la persona, que debe ser respetada en toda su integridad.

También hay que enterrar en nuestra vida todo aquello que debe morir: la corruptibilidad, el pecado, la esclavitud... Es una forma de enterrar la misma muerte. Es corruptible todo lo que no produce vida, sino que nos aboca al vacío y al sinsentido; todo lo que resulta superficial e incluso perjudicial para nuestra vida. Cada una de nosotras sabe poner nombre a tantas cosas y situaciones que nos van alejando de la profundidad y de la trascendencia, y nos sumergen en la materialidad y en una rutina estéril, por ej.: a veces acaparamos cosas, personas, situaciones, lugares, honores... para sentirnos importantes y creer que así estamos alargando nuestra vida. Sin embargo es al contrario: nada de eso aporta vida, sino que la vuelve infructuosa y la vacía de sentido.

El cuerpo de Jesús fue enterrado para regalar vida. De hecho a los tres días resucitó, como signo de que la tierra envuelve lo material, pero la existencia de la persona está llamada a la eternidad. José de Arimatea ofreció una sepultura para Jesús, y Nicodemo le ayudó a sepultar el cuerpo. Ambos realizaron un gesto de adoración al cuerpo del Señor.

A pesar de ser Hijo de Dios, Jesús también se somete al último sacrificio al que todos estamos destinados. Se somete a las tinieblas de la muerte y aguarda los tres días que simbolizan la totalidad. En efecto, el número tres en la Biblia significa totalidad referente al tiempo, es decir, siempre. De esta forma, los tres días de Jesús en el sepulcro hacen referencia a la muerte de toda persona. El cuerpo de Jesús ha vivido para la entrega y la donación, y la mejor forma de manifestar su misericordia también en su muerte, fue quedarse en la Eucaristía, a través de la cual nos sigue alimentando y dando vida.

Esta obra de misericordia también nos habla de resurrección. Y desde el carisma somos llamadas a regalar vida, y vida plena, vida en abundancia, como Jesús. El carácter redentor del carisma mercedario nos invita a apostar por la defensa de la vida, y procuramos tener claro todo aquello que se refiere a la bioética, sin dejarnos llevar por modas o esnobismos. Así pues, no podemos estar a favor del aborto, la eutanasia, la pena de muerte..., y tampoco podemos defender posturas políticas que favorezcan la guerra, el terrorismo ni ninguna manifestación contraria a la vida.

La vida es uno de los valores que está por encima de los demás, aunque bien es cierto que a veces la vida se sacrifica por fe o por amor, como han demostrado los mártires. Ellos, como Jesús, perdieron la vida terrenal, y ganaron la vida eterna. Es el mejor testimonio de la resurrección. Tal es el caso de Sor Isabel Lete, que ofreció su vida para acelerar el encuentro con el Señor. Realmente somos llamados a la eternidad: ‘Venid, benditos de mi Padre...’, y ese es nuestro verdadero destino, también por eso tiene mucho sentido el ejercicio de esta obra de misericordia, que todos la necesitaremos al final de nuestro peregrinar en esta tierra. Tengamos en cuenta que al final de la vida lo único que quedará será el fruto de nuestra misericordia.

ENSEÑAR AL QUE NO SABE

Con esta obra de misericordia siempre pensamos en la labor educativa desarrollada por la Iglesia y, en este caso, por la Congregación. Y es cierto que debe ser tenida en cuenta, pero va mucho más allá. No se está refiriendo al ámbito académico de los colegios, sino a toda la labor pastoral desempeñada por las hermanas en cualquier lugar y rincón donde está presente la Congregación. Esta misión se basa en la evangelización de la cultura y la sociedad, y principalmente la evangelización de los corazones. Es posible que en esta labor evangelizadora, no siempre consigamos que la persona se adhiera a una religión, pero sí a la asimilación de los valores y el deseo de llevarlos a la vida y a la sociedad donde se mueve.

El Papa Francisco habla así a Eugenio Scalfari, director del diario La República, hablando de la fe frente a la razón:

*A lo largo de los siglos de la modernidad, se ha asistido a una paradoja: la fe cristiana, cuya novedad e incidencia en la vida del hombre desde los orígenes se han expresado justamente a través del símbolo de la luz, a menudo ha sido **etiquetada como la oscuridad de la superstición que se opone a la luz de la razón**. De este modo entre la Iglesia y la cultura de inspiración cristiana, por una parte, y la cultura moderna de matriz iluminista, por la otra, se ha dado la incomunicabilidad. Ahora es tiempo, y precisamente el Vaticano II ha inaugurado este ciclo, de iniciar un diálogo abierto y sin preconceptos que reabra las puertas para un serio y fecundo encuentro.*

Más adelante añade: *La verdad, según la fe cristiana, es el amor de Dios hacia nosotros en Jesucristo. Por lo tanto, ¡la verdad es una relación!*

La verdad sólo está en Dios, un Dios personal. Por tanto, la verdad no la posee nadie, y nadie es más sabio que otro. La auténtica sabiduría consiste en dejarnos llevar por el Espíritu y vivir buscando la verdad, como San Agustín. El día que aprendamos a vivir las relaciones, quizás ese día, hayamos encontrado algo de la verdad de Dios.

Afirma también el Papa Francisco en *La alegría del Evangelio*: “*Cuando la predicación es fiel al Evangelio, se manifiesta con claridad la centralidad de algunas verdades y queda claro que la predicación moral cristiana no es una ética estoica, es más que una ascesis... El Evangelio invita ante todo a responder a Dios amante, que nos salva, reconociéndolo en los demás y saliendo de nosotros mismos para buscar el bien de todos*”.

Conocer la verdad del Evangelio debe movilizar nuestra vida y transformarla en respuesta. Esa es la auténtica formación, la que genera conductas y no se queda sólo en la pasividad del intelecto. La fisura entre la verdad propuesta por la razón y la verdad propuesta por la fe se encuentra en la afirmación anterior del Papa: para el cristianismo, la verdad no se basa en conceptos, sino en una relación, y por tanto, posibilita la capacidad de transformación en el ser humano y en el seno de la sociedad. Según el Papa, el tipo de conductas que debe generar en nosotros la verdad del Evangelio consiste principalmente en reconocer a Dios en los demás, y buscar el bien de todos, superando el egoísmo.

En lo referente al carisma, esta obra de misericordia ayuda a la persona a descubrir la verdad de sí mismo, de la vida y de Dios. Y nosotras estamos ahí para impulsar y animar en ese proceso de descubrimiento. Así pues, ayudamos a la persona a que se descubra a sí misma a través del acompañamiento; le ayudamos a descubrir la vida por medio de la ciencia y de nuestra experiencia, y le ayudamos a descubrir a Dios a través del proceso catequético y de fe. Finalmente, son ellos los que descubren, pero nosotras les hemos abierto el camino y se lo hemos facilitado. En este sentido, hemos de plantearnos qué tipo de actitudes les enseñamos: si somos personas justas, estaremos transmitiendo la pasión por la justicia y la solidaridad; si somos personas honestas, estaremos transmitiendo el deseo de vivir con honestidad y honradez... Y al contrario: si nos movemos en la crítica y en el juicio de los demás, estaremos transmitiendo negatividad y pesimismo; si escurrimos el bulto, si vivimos egoístamente..., estaremos ofreciendo el lado más oscuro de nuestra experiencia. En definitiva, he de plantearme si estoy enseñando carisma con mi vida o sólo con mis palabras. Si es esto último, resulta contraproducente.

También el P. Zegrí hablaba de “engendrar la verdad en la tierra”, en su famosa frase: “*La caridad que es Dios, no ha pasado. Su influencia no concluirá mientras haya regiones lejanas que evangelizar, sudores que verter y sangre que derramar, para fecundar las almas y engendrar la verdad en la tierra*”(La Congregación...). Y es que lo importante no es el conocimiento, sino la verdad que se transmite, y que nace de la caridad. La verdad no es una sabiduría intelectual; aquí el P. Zegrí la concibe como lo más auténtico que existe, lo más absoluto, el ser de las cosas.

¿Nuestra Congregación ha respondido a este deseo del P. Zegrí? ¿Qué ha enseñado nuestra Congregación? La gran verdad del carisma no se puede transmitir a través de conceptos, aunque estos formen parte de la teología del carisma. Para referirnos al carisma hemos de referirnos, no tanto a palabras como a formas de actuar y a vivencias; es un compromiso de vida basado en la caridad y manifestado en acciones como evangelizar, esforzarse por los demás, entregar lo mejor de cada una en bien de la humanidad.

DAR CONSEJO AL QUE LO NECESITA

Es la obra de misericordia que hoy en día podríamos denominar también ‘acompañamiento’. No se trata sólo de proporcionar un consejo o una orientación de carácter puntual, lo cual no exige un compromiso duradero. El acompañamiento es un proceso de regeneración de la persona, muy en consonancia con nuestro carisma, que se encuentra en la misma entraña de nuestra misión y de nuestra labor diaria.

En efecto, las personas con las que nos relacionamos día a día, bien sean los destinatarios directos de nuestra misión o bien los laicos que trabajan con nosotras, están recibiendo el fruto de nuestra vida entregada y de nuestra coherencia de vida, si la hay. Y al contrario, también reciben aquellos gestos y actitudes que denotan una falta de entrega o una inconsistencia vocacional de nuestra parte. Así pues, el testimonio de nuestra vida va calando en las personas y les va transmitiendo un mensaje, muchas veces sin palabras, que constituye un verdadero acompañamiento. En algunos casos existen incongruencias entre lo que hablamos y lo que vivimos. Lógicamente, los demás perciben el trasfondo real de nuestras actitudes y saben cuándo se trata de una consecuencia lógica de nuestra limitación o cuándo la persona está llevando una doble vida.

El mundo necesita referentes que ayuden a salir de la crisis por la que está pasando el género humano. Hoy en día, en nuestra sociedad, las figuras que podrían actuar de guías se han corrompido. ¿Dónde buscar el verdadero modelo que sirva de faro a un mundo perdido y desorientado? Nosotras estamos convencidas de que lo encontramos en Jesús y en las personas que han seguido un camino de santidad. Pero también en aquellos que viven con integridad y son coherentes a su propio proyecto y al proyecto común que posibilita un mundo más habitable y más justo.

Nuestra inserción en el mundo, como personas consagradas, ha de ser un interrogante entre los hombres y mujeres, de forma que nuestro testimonio y nuestra vida coherente les muevan a buscar la verdad, a amar a Dios y a practicar la justicia en la caridad (Const. 13)

Los votos públicos, expresión de nuestra consagración, por medio de los cuales asumimos los consejos evangélicos, son testimonio evangelizador de nuestra vida y clara manifestación de los valores anunciados en las bienaventuranzas (Const. 14).

La comunidad religiosa, expresión de la fraternidad evangélica, constituye una dimensión esencial de la pastoral vocacional. De ahí su responsabilidad de ser signo y testimonio para un despertar de nuevas vocaciones. Por tanto, abriremos nuestras comunidades a los jóvenes para compartir momentos de relación humana y de fe con ellos. Fomentaremos una cultura vocacional que, además de reevangelizar la misma cultura, ofrezca a la vida cristiana laical signos del seguimiento de Jesús en radicalidad (Const. 91).

Buscar el crecimiento de la persona es una de las finalidades de nuestro carisma, sobre todo en aquellos casos en que la persona se encuentra en un período inicial de maduración. Orientar a quien lo necesita es indispensable para fomentar el bien común y una sociedad en valores. Es necesario formar conciencias rectas. En este sentido, la formación nos ayuda a ir configurando en nosotras un bagaje interior sólido y fundamentado en la ética del Evangelio. La formación

que recibimos no persigue tanto que adquiramos conocimientos y contenidos intelectuales, como que nosotras mismas nos formemos una conciencia recta y adecuada para un mejor discernimiento. De esta manera, sabremos aportar los instrumentos necesarios en el acompañamiento y en la orientación.

Una buena forma de aconsejar es plantear interrogantes para que la persona no se acostumbre a que se lo den todo hecho. No se trata de decir lo que tiene que hacer, sino facilitarle las herramientas para que puedan tomar decisiones por sí mismos. Nuestro carisma de liberación quiere formar personas libres, autónomas, con criterios propios e ideas claras.

Qué tipo de mensajes transmitimos: ¿deseamos personas perfectas o personas que aprendan a forjar su propio camino, aunque se equivoquen? En todas las obras de misericordia no podemos olvidar que los cánones de la verdad no están en nosotros, sino en Jesús y en el Evangelio. Es el verdadero patrón que puede orientar la vida de toda persona. Lo que no coincida con esto tendrá un gran margen de error. Y no podemos olvidar que debemos transmitir un mensaje alternativo al que ofrece la sociedad. Así pues, frente a los valores materialistas presentados en los múltiples spots publicitarios, nosotras deberíamos transmitir otra cosa, un estilo de vida más en consonancia con los valores trascendentales y trascendentes.

El mejor consejero fue Jesús. El Evangelio no está sometido a modas ni costumbres. Ahí es donde se puede encontrar la verdad más auténtica. Y si profundizamos en dicho mensaje, comprobaremos que no son grandes filosofías lo que ahí se contiene, sino el modelo de persona que podría cambiar el mundo. Es un mensaje sencillo, sin grandes complicaciones, pero que llama al compromiso por la vida y por el ser humano. El Evangelio orienta en varios aspectos: la dimensión trascendente (*vosotros orad así*), las adversidades (*que coja su cruz*), dónde está la verdadera felicidad (*Bienaventurados*)...

CORREGIR AL QUE YERRA

Es sinónimo de corrección fraterna, y normalmente no la asociamos a la misericordia, sino más bien a la exigencia, intolerancia, rigidez y dureza. La experiencia nos dice que en pocas ocasiones practicamos la corrección con el calificativo de fraterna, pues cuando intentamos corregir al otro lo hacemos desde la prepotencia y la superioridad. Inconscientemente, la mayoría de las veces, aprovechamos la coyuntura para echar en cara al otro sus faltas y quedar yo por encima. De alguna manera le estamos diciendo: ‘¿Ves? Tú tampoco eres perfecto’. Por otro lado, en muchas ocasiones lo pensamos y no somos capaces de decirle aquello que estamos viendo. En nuestras comunidades esto es síntoma de falta de confianza, o lo que es peor, es síntoma de indiferencia o pasotismo ante la actitud del hermano.

Es curioso constatar que estamos utilizando la expresión ‘corrección fraterna’ para todo lo contrario de lo que significa, pues intentamos cambiar al otro según nuestros propios criterios, y no según la verdad objetiva de la realidad. Le exigimos que actúe de una manera determinada, porque creemos que en nosotros reside la verdad y pretendemos que todo el mundo entre por nuestros cánones. Estamos muy equivocadas: ninguna de nosotras posee la verdad absoluta, y tendremos que aprender a descubrir la verdad del otro.

Para practicar la corrección como obra de misericordia, lo más importante es hacerlo por amor, porque me duele el error del hermano, y me duele por él, no por mí. Me duele que su imagen se malogre y que los demás piensen mal de él. Esta actitud es totalmente contraria a la anterior, pues es síntoma de un amor desinteresado, en el que busco su bien y no me dejo llevar del egoísmo.

El fundamento de la corrección fraterna es, no sólo la caridad, sino la humildad. Si la persona que corrige no lo hace desde esta actitud, no estamos hablando de fraternidad ni de misericordia.

Antes de acercarnos al hermano para ‘recriminar’, hemos de realizar dos movimientos de entrada: uno en nuestro interior, otro en el del hermano. En primer lugar entro en mi interior para descubrir mis propios fallos, para reconocer mis límites y tomar conciencia de mi propia pequeñez, de mis errores y pecados. No soy perfecta y, por tanto, cualquiera puede achacarme también a mí mis actuaciones o actitudes. Nadie es juez de nadie, ni yo del otro ni el otro de mí. En segundo lugar, entro en el interior de la persona para aprender a ponerme en su lugar. Es el gesto de la misericordia y es la única forma de comprender su forma de actuar, las motivaciones o las circunstancias que le llevan hasta ahí.

Desde el punto de vista del carisma, la finalidad es liberar, ayudar a la persona en su proceso de regeneración. Todos tenemos impedimentos que dificultan nuestro propio crecimiento y el de los demás: *“El diálogo es un arte de comunicación humano-espiritual. Es una marcha en compañía hacia la verdad, intercomunicación en donde se da, se busca y se recibe. En él se descubren cuán diversas son las vías que llevan a la luz de la fe y cómo es posible hacerlas converger hacia el mismo fin”* (Const. 41)

PERDONAR LAS OFENSAS

El perdón es una de las actitudes fundamentales del cristiano. Yo diría que es mucho más que un gesto puntual; es más bien un compromiso de vida. Y es que no es fácil perdonar, porque hasta llegar al perdón real hemos de superar muchas barreras y hemos de entrar muy dentro de nosotras mismas, para encontrarnos con esa parte de mí que se ha sentido dolida. Si me veo en la coyuntura de tener que perdonar, es porque me he sentido ofendida.

El resentimiento no es una actitud objetiva; contiene una fuerte carga de sentimientos y emociones. De tal manera que condiciona a la hora de actuar y relacionarnos. Hemos de reconocer que en el fondo del resentimiento, cuando lo alimentamos, subyacen los deseos de venganza, y de esa forma estamos albergando en nosotras actitudes y conductas contrarias a la comunión. De alguna manera estamos dividiendo la comunidad o el grupo en el que nos movemos. Pero el resentimiento es dañino, no sólo para la comunidad, sino principalmente para la persona que lo padece. Si bien es verdad que quien se siente ofendido lo justifica porque considera más negativa la ofensa, todas sabemos que el resentimiento puede llegar a tener carácter de durabilidad, es decir, puede llegar a enquistarse, y eso aumenta la gravedad del resentimiento. El problema de fondo es la propia imagen y el orgullo vulnerado.

Lo más negativo del orgullo es cuando se convierte en soberbia. Es lo contrario a la misericordia y a la humildad. La soberbia pretende colocarme por encima de los demás, y quiere imponer su verdad más allá de todas. Cuando la ofensa recibida se encuentra con la soberbia, puede provocar cambios drásticos, como la pérdida de la confianza, no sólo en quien me ha ofendido, sino en las personas en general. De alguna manera pretendemos protegernos y evitar que nos vuelvan a hacer daño, y no nos damos cuenta de que el daño nos lo estamos propinando nosotras mismas. El fruto del orgullo no puede ser la soberbia, sino el reconocimiento de las cosas nobles que hacemos y que vamos consiguiendo.

La actitud del perdón está muy relacionada con el carisma, ya que nace de la caridad y entronca con el respeto y la dignidad de la persona. Por otro lado, cuando perdonamos, nos liberamos y liberamos. El perdón es fuente de paz, pues arranca de nosotros todas esas actitudes perniciosas que brotan del resentimiento y que nos provocan sentimientos y emociones negativas. De igual manera liberamos a la persona de culpas y, además, le estamos dando un testimonio de cómo hay que actuar.

El perdón real debe ser un compromiso de vida, no algo que surge dependiendo de la persona que me haya ofendido. El perdón verdadero podría ser un eje vertebral para mi proyecto de vida, pues de él se derivan muchas otras actitudes positivas que cambiarían mi visión de las personas y del mundo. Por ejemplo, mi forma de mirar a los demás, de relacionarme con

ellos..., mi actitud general ante la vida y ante Dios. Es decir, desde el perdón puedo llegar a sentirme salvado y redimido, y como consecuencia, con el deseo profundo de que los demás también puedan participar de este regalo. El perdón, vivido así, sólo podemos pedirlo en la oración, pues no es fruto exclusivo de nuestro esfuerzo ni de la influencia de los demás. Hemos de aprender a mirar a Cristo en la cruz, donde realmente encontramos la fuente del perdón.

En efecto, en el meollo del misterio pascual, encontramos a Jesucristo como el maestro del perdón. Y nuestro P. Zegrí también destacó por su misericordia y su perdón. Puede ser comprensible ponerse en el lugar del hermano o en el lugar del necesitado, y padecer con ellos; pero ponerse en el lugar del que nos hace daño y tratar de comprender, no es asimilable para la razón y la lógica humana. Sin embargo, Jesús y los grandes santos, como nuestro P. Zegrí, perdonaron a los enemigos y se pusieron en el lugar de quienes le calumniaban o incluso le llevaban a la muerte. Es el grado máximo de la misericordia. Y es significativo encontrar en las primeras Constituciones una cláusula que reza lo siguiente: "*Si hubiese quien persiguiera injustamente [a la religiosa] la mirase con mala voluntad; aun es más, quien la calumnie y la maldiga, lejos de irritarse y desear mal a sus calumniadores, alabará y bendecirá a Dios que de tal modo la prueba*" (Const. I n.º 37). Parecía que el P. Zegrí sospechaba lo que le iba a suceder y el tipo de respuesta que él iba a ofrecer.

Si tus entrañas se compadecen, si tus manos se abren, si en tu desaliento te levantas, si vuelves a confiar en el otro, si tu mirada se amplía, entonces resucitas como Jesús, como toda vida buena, como la semilla y la hoja en primavera. José Arregui

Nada está perdido si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido y hay que empezar de nuevo." Julio Cortázar

CONSOLAR AL TRISTE

Con esta obra de misericordia nos encontramos ante el misterio del dolor, misterio profundamente humano que ha sido asumido por Dios, a pesar de la incompatibilidad con su naturaleza. Es precisamente en el sufrimiento en lo que Dios, con más claridad, se ha encarnado. Esta actitud no la asumen los líderes humanos, que más bien buscan su propio bienestar, aun a costa del sufrimiento de los demás.

Aunque no podemos entrar de manera plena en el mundo interior de las personas, como ellos tampoco pueden entrar en el nuestro, sin embargo, con esta obra de misericordia se nos invita a la compasión, a ponernos en su lugar, a escuchar el clamor, como Dios escuchó el clamor de su pueblo y decidió bajar a liberarlo (Ex 3). San Pablo a su vez nos induce a entrar en el corazón de Cristo y tener sus mismos sentimientos (Flp 3).

Se nos llama a no quedarnos impasibles frente al misterio del sufrimiento. El dolor ajeno tiene que tocarnos por dentro y convertirnos en personas sensibles. Aunque nunca lleguemos a imaginar lo que sufre cada persona, el misterio del dolor no puede dejarnos igual. Debería ser un camino de conversión personal que nos arrancara de nuestros privilegios y seguridades. Al P. Zegrí el sufrimiento le cambió. A tantas personas el sufrimiento les cambia... Y es que hay que saber escuchar y prestar atención cuando se acerca el momento de la poda.

A nosotras también debería cambiarnos el sufrimiento, pero no sólo el nuestro, sino sobre todo el sufrimiento del mundo. El carisma mercedario otorga una sensibilidad especial al sufrimiento del mundo. Cuando la causa de la tristeza se basa en motivos personales, hemos de acudir al discernimiento para ver si se trata de un sufrimiento que nace de un apego. Y cuando la causa de la tristeza se fundamenta en el dolor del mundo, nos estamos dejando impactar por él, y esta es la mejor forma de calmar pesares: que el otro nos 'sienta' con él en su dolor.

Por otro lado, el misterio del dolor purifica. Nos hace tocar la llaga de nuestra vulnerabilidad y puede sanar nuestro pecado. El dolor es una herida que, paradójicamente, nos sana del pecado. Nos sana del orgullo. Y el dolor de Jesús es la gran llaga abierta en la historia, que algún día sanará. En efecto, su resurrección es la promesa de una vida mejor, en la que ya no existirá el mal ni el sufrimiento. La resurrección es el gran consuelo para nuestra vida mediocre o falta de sentido. Es el consuelo para los que... *“gimiendo en la orfandad, beben el cáliz de la amargura y se alimentan con el pan de la tribulación”* (P. Zegrí, *Sermón en la toma de posesión de la parroquia de Huétor Santillán*). Jesús dice a María Magdalena: ‘¿Por qué lloras?’ Le da una palabra de aliento y abre sus ojos a la vida nueva. No hay motivos para perder la esperanza o perder el sentido. Por muy mal que marchen las cosas, siempre hay razones para seguir confiando.

La mercedaria está en medio del sufrimiento humano, ayudando a asumir los momentos más difíciles del misterio pascual y ofreciendo un horizonte pascual: *“La Congregación, a través de la historia, y fiel al carisma, persevera en su testimonio de amor hacia la humanidad sufriente, con una disponibilidad sin reservas, manifestando su misión redentora”* (Const. 81). *“Somos conscientes de que el sufrimiento y el dolor, así como el sentido de la muerte, tienen valor humanizante y redentor cuando lo integramos en nuestra vida”*. (Const. 7)

SOPORTAR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS AJENOS

Soportar al otro es otra forma de vivir el amor y la misericordia: conociendo los límites de los demás y sabiendo hasta dónde puedo llegar en el ámbito de la corrección fraterna, que ya hemos visto anteriormente, el siguiente paso sería esforzarme por aceptar y sobrellevar sus flaquezas y sus limitaciones. Aquella obra de misericordia nos hablaba de los fallos cometidos por el otro y que son más o menos subsanables. Sin embargo, esta otra no pretende cambiar nada del prójimo, ya que está referida a los aspectos que pertenecen a su forma de ser y que forman parte de su fragilidad.

Normalmente, aquello que en el otro debo soportar genera en mí un rechazo, y me impulsa a ser intolerante y a exigir el cambio en esa persona. Pero toda persona tiene derecho a su individualidad y a su forma de manifestarla. El respeto nos recuerda que para una convivencia pacífica, es necesario aguantar. No es indiferencia ni pasotismo, sino un aguante activo. En este caso, no se trata de actuar, sino de soportar, sobrellevar... con amor, con paciencia, con esperanza... En ese aguante tenemos un trabajo importante que realizar: aprender a amar a esa persona en su debilidad y en su limitación, lo mismo que quiero que me amen a mí.

No solamente hay que mostrar respeto hacia esa persona. El aguante puede adoptar otra forma más avanzada: la acogida. Consiste en integrar aquello que me molesta del otro, saber comprenderlo, de tal manera que él se sienta acogido, no sólo aguantado. Es necesario que él entienda que le quiero como es; que a pesar de ‘sus cosas’, confío en él. Jesús dijo a los discípulos: ¡Qué necios y torpes sois!, y sin embargo, les confió el anuncio del Reino. Sus torpezas no eran impedimento para alcanzar grandes logros en la vida y en la historia. Nadie, por muy molesto que sea, es digno de ser rechazado.

‘Sobrellevaos mutuamente con amor’ (Ef 4,2), diría San Pablo. Todos tenemos aspectos difíciles a la hora de convivir y relacionarnos, por eso San Pablo matiza diciendo: *‘sobrellevaos mutuamente’*. No es sólo el otro quien puede resultar molesto en algunos aspectos; yo también presento mis dificultades a los demás: *‘Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo’* (Gal 6,2). La persona ganará en autoestima en la medida en que se vea acogida y aceptada por la comunidad. La ayuda mutua genera un ambiente fraterno y positivo, y nos hace pensar que todos estamos en proceso de crecimiento y, por tanto, debemos comprometernos en la marcha de la comunidad. Para ello hay que comenzar por el reconocimiento positivo de las cualidades del otro, y no pararnos en sus defectos. Esto último daña a la comunidad y a cada uno de sus miembros.

“...Aceptación personal de nuestras limitaciones y las de nuestras hermanas, teniendo en cuenta que Dios no ha elegido a los fuertes del mundo, sino a los débiles, para que nuestra fe no se funde en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios” (Const. 22)

En este momento podemos reflexionar si verdaderamente queremos cambiar a las personas, sobre todo aquellas que me caen mal. ¿Las rechazamos por su forma de ser o hay algo en ellas donde proyecto mis propios fallos?

ROGAR A DIOS POR LOS VIVOS Y DIFUNTOS

En la oración de intercesión tomamos conciencia de que esa persona está en el corazón de Dios. No sabemos con certeza si necesita que hablemos a Dios de él, pues Dios conoce mejor que nadie las necesidades del mundo y de los que ya lo han abandonado. Lo que sí es cierto es que yo sí necesito tomar conciencia de que la persona por la que estoy rogando se encuentra en el corazón de Dios, y de que todos estamos allí.

La oración por los difuntos es una tradición a la que ya se alude en el Antiguo Testamento, concretamente en el libro de los Macabeos, donde aparece con mucha claridad la fe en la resurrección. Esta costumbre ha continuado en la Tradición de la Iglesia, desde los primeros siglos del cristianismo. En las catacumbas aparecían frases esculpidas y oraciones sobre esta práctica. Los Santos Padres aluden a ella en múltiples ocasiones. San Juan Crisóstomo (344-407) dice: *«No en vano los Apóstoles introdujeron la conmemoración de los difuntos en la celebración de los sagrados misterios. Sabían ellos que esas almas obtendrían de esta fiesta gran provecho y gran utilidad»* (Homilía a Filipo, n. 4). Actualmente sigue siendo una práctica cotidiana. Al respecto, encontramos la polémica entre católicos y evangélicos referente al purgatorio, y el motivo sabemos que se basa en la sola fe en la Biblia por parte de ellos, sin tener en cuenta la Tradición de la Iglesia.

En el n.º 61 de nuestras Constituciones aparece claramente este tipo de oración: *“Ofreceremos por las hermanas difuntas, y por los familiares y bienhechores, los sufragios prescritos en el Derecho Propio”*, lo cual se encuentra corroborado y matizado en el Directorio.

La oración por los difuntos tiene un marcado carácter pascual, pues a través de ella confesamos nuestra fe en la resurrección y, al mismo tiempo, esta fe motiva nuestra esperanza. Aquí es donde encontramos la relación con el carisma mercedario, no sólo como compasión, sino también como proclamación de la vida y la resurrección, en la que culmina el misterio pascual.

En cuanto a la oración por los vivos, se pone a prueba mi fe, en primer lugar, y en segundo lugar, también es una manifestación de un corazón compasivo y misericordioso que tiene en cuenta las necesidades de los demás. Benedicto XVI, antes de ser Papa, decía: *“El hombre no dialoga en solitario con Dios, el diálogo cristiano con Dios pasa precisamente a través de los hombres”* (cf. Joseph Ratzinger, *Escatología*).

Mi fe en la oración se fortalece en la medida en que los demás la necesitan. Esta es la finalidad de mi oración: que repercuta en las necesidades de los demás. Su fundamento se encuentra en el Evangelio, en las múltiples intervenciones de Jesús a favor de los demás. También en el Antiguo Testamento encontramos a un Dios salvador que va acompañando y liberando a su pueblo de la opresión, pues ha escuchado el clamor de quienes le invocan. Por tanto, la imagen de Dios que subyace en esta práctica tan habitual es la de un Dios que escucha y un Dios que actúa ante la necesidad humana. Nosotras, mercedarias, somos llamadas a proyectar esta imagen de Dios hacia aquellos que nos rodean.

LA MISERICORDIA EN LA TEOLOGÍA DE NUESTRAS CONSTITUCIONES

La misericordia es otra forma de llamar a la caridad, y se puede decir que el término nos la hace más cercana, más ‘entrañable’, como su misma raíz indica. La misericordia es un sentimiento que a veces es espontáneo, porque nace de las entrañas, y otras veces es deliberado, pertenece al ámbito del deber. En la mayoría de las ocasiones desemboca en compromiso.

La caridad redentora, en el carisma mercedario, es el núcleo del mismo, e impregna toda nuestra vida. Por este motivo abarca muchísimo más, aunque uno de sus elementos integrantes es la misericordia (Const. n.º 3). Para vivir la caridad redentora, por tanto, es imprescindible vivirla desde la misericordia, pues es la que nos permite poner el corazón en los acontecimientos, situaciones, personas...; en definitiva, por la misericordia volcamos nuestro corazón y nuestra vida en la miseria y en todas aquellas necesidades hacia las que apunta el carisma recibido del P. Zegrí.

De esta manera, podemos decir que la misericordia pertenece a la ‘entraña’ de nuestro carisma, no es algo nuevo que ahora se añade, como una moda. Así, cuando hablamos de caridad estamos hablando de misericordia, porque sin misericordia no hay caridad. Pero además, el término aparece explícito en varios números de nuestras Constituciones: n.º 3, 4, 9, 10, 12, 55, 62, y de manera implícita lo vamos a ver a continuación.

La misericordia, como la caridad, pertenece a la identidad mercedaria, pues ***una hermana de la caridad sin caridad es un ser incomprensible; es un contrasentido; es un absurdo*** (Const. n.º 8). Y la misericordia le da calor a la esencia del carisma. Es algo afectivo y efectivo, que moviliza a la persona hacia la necesidad del otro.

A la hora de definir nuestra misión, se mencionan las obras de misericordia como concreción de la práctica redentora: ‘ejerciendo todas las obras de misericordia espirituales y corporales en la persona de los pobres’. A continuación se hace alusión a la humanidad pobre y necesitada (Const. n.º 4). Es importante caer en la cuenta de que nuestra Congregación tiene en cuenta, como protagonistas principales, a los pobres y necesitados. Si esto no fuera así, no tendría mucho sentido insistir en la caridad redentora y en la misericordia. Si ponemos el acento en esta, sin tener en cuenta a los destinatarios, nos quedaríamos en nosotras mismas, pues le daríamos más importancia a nuestra acción que a las personas a las que va dirigida. Nuestra misión la realizamos en función de la humanidad necesitada y no simplemente para que nosotras alcancemos la santidad. De ahí que cuando reflexionamos sobre la misericordia, hemos de preguntarnos quiénes son los pobres hacia los que orientamos nuestra actuación.

En este sentido, el término es amplio y abarca múltiples situaciones y personas. A veces pensamos que los pobres son sólo los que se encuentran afectados por la escasez material, y sin embargo, las obras de misericordia nos hablan también de pobreza espiritual. Cada una de nosotras y cada una de nuestras comunidades sabe quiénes son los pobres hacia los que va dirigida su misión, y siempre hemos de estar en actitud de discernimiento para descubrir las nuevas y diferentes pobreza. Pero es más, en nuestras comunidades también hay necesidades, pues todas las personas somos vulnerables y, por tanto, susceptibles de precisar ayuda (Const. n.º 8). Por otro lado, no olvidemos que la misión no se reduce al trabajo o al ámbito profesional, ya que entonces todo acabaría con la jubilación, y el grupo de destinatarios también quedaría más reducido.

Cuando el P. Zegrí invita a ‘curar todas las llagas, *remediar todos los males...*’ (Const. n.º 4) está utilizando paralelismos, a través de los cuales quiere mencionar las distintas situaciones que se pueden dar en el ámbito de la necesidad. Es la diversidad a la que aluden las obras de misericordia, tanto en su enumeración explícita, como en la implícita; es decir, todas aquellas otras necesidades que se derivan o relacionan con las ya mencionadas.

Cuando se habla de María de la Merced en el n.º 10 de nuestras Constituciones, se afirma que Ella nos enseña a acercarnos a la humanidad al amor que Él vino a revelar. Es un amor de misericordia el que Jesús manifestó. Y es un amor que se concreta en situaciones de sufrimiento, esclavitud, opresión, pecado..., haciendo alusión de alguna forma a las distintas necesidades que Jesús remedió, ej.: Lc 4,18-19. Y al mismo tiempo, se refiere a la persona en su totalidad, no sólo en aspectos concretos de su vida, sino en todo aquello que necesita ser redimido y reconducido hacia su más alta dignidad.

Nuestra consagración a Jesucristo Redentor la vivimos con el sello de la caridad, pues es el distintivo de nuestra Congregación. Por este motivo, nos entregamos a Cristo y aprendemos de Él sus gestos redentores, tratando de seguirle sobre todo en su entrega a Dios y a los demás. Esto nos lleva al *compromiso de ser misericordia* para los demás (Const. n.º 12) y *vivir los votos en función de la caridad* (Const. n.º 15). De esta manera, nuestra pobreza nunca será una pobreza franciscana, sino mercedaria, lo cual significa que estará marcada por el signo redentor. Esto significa que renunciamos a la posesión exclusiva de los bienes materiales con la finalidad de compartir. Como dice el n.º 14 de nuestras Constituciones, este voto nos debe llevar a un *compromiso por la justicia y la defensa de los derechos humanos*. Ese sería el motivo de nuestra pobreza: la solidaridad con los que no tienen. Es el momento para preguntarnos si la administración de nuestros bienes está en función de los más pobres. Por otro lado, la pobreza mercedaria nos pide la aceptación de nuestras limitaciones y las de nuestras hermanas (Const. n.º 22), y esto sólo se puede hacer desde un corazón misericordioso. Todas sabemos la dificultad que tenemos a la hora de asumir los fallos de los demás. Solemos autoerigirnos en jueces de lo ajeno, y exigimos más de lo debido. La misericordia mercedaria nos ayuda a mirar al otro desde el amor, tratando de comprender sus errores y debilidades.

La castidad nos libera para amar a todas las personas como Cristo (Const. n.º 17). Es el grado máximo de la misericordia, pues constituye la entrega de la propia vida por amor. Nuestra castidad es un acto de amor, no simplemente de renuncia. Es algo positivo, no negativo, porque supone una donación libre, realizada con alegría. No es tanto un esfuerzo como un acto gratuito. La castidad mercedaria nos libera para que podamos nosotras también liberar. Nos arranca de los apegos; nos proporciona el equilibrio necesario para ser felices y para hacer felices a los demás. De esta manera, cuando nuestro corazón no está polarizado en nadie, es capaz de percibir las necesidades de los demás con más agudeza; pues será un corazón libre y universal.

La obediencia también nos libera de nuestro egoísmo. Es un diálogo en comunión, y como tal debe estar marcado por la misericordia. La obediencia nunca puede ser sumisión de una parte y autoritarismo de la otra, sino que debe basarse en una relación entre iguales que llegan a un acuerdo por el discernimiento, el diálogo y la comunión. Esto exige a ambas partes saber ponerse en el lugar de la otra, y tener en cuenta los sentimientos y las motivaciones de cada una. Es un intercambio que busca el bien común, lo cual supone ceder, en algunas ocasiones, teniendo en cuenta al otro más que a uno mismo.

En todo tipo de relaciones se trata de un diálogo misericordioso, que según nuestras Constituciones, no puede dissociarnos ni herir la caridad, y debe mantenernos unidas en el amor y la paz (Const. n.º 41).

La comunidad mercedaria también está cimentada en la caridad, y como consecuencia, en la misericordia, que es la que nos mueve afectiva y efectivamente. Cuando nuestro corazón está centrado en Dios y en el bien de los demás, sabe ponerse en el lugar del otro y vivir la compasión desde la fuerza de la pasión. Es algo que debería quemarnos por dentro si queremos vivir el carisma en toda su radicalidad. 'Padecer con' va mucho más allá que el simple padecer, pues significa sentir en propia carne los sufrimientos de los demás. Quizás resulte fácil vivir esta actitud en el ámbito de la misión, pero no tanto en la vida comunitaria. Solemos acostumbrarnos a las limitaciones de los demás, y parece que nos volvemos insensibles a la realidad de nuestras hermanas (Const. n.º 38). Tendríamos que preguntarnos hasta qué punto nos vivimos como hermanas.

Uno de los puntos neurálgicos es la actitud del perdón, como fruto de la misericordia. Si realmente lo viviéramos en comunidad y no dejáramos que se enquistaran las heridas, sería una de las actitudes más mercedarias, pues el perdón libera, sana y es fuente de alegría y paz. Ya lo decía el P. Zegrí en su escrito *‘La Congregación religiosa de Hermanas de Ntra. Sra. de las Mercedes’*, refiriéndose a las hermanas: *anide en su corazón la virtud; en su pecho, el amor; en sus labios, el perdón; y en su alma, la misericordia y la paz*. Resulta curioso comprobar que en las Constituciones actuales solamente aparece una vez la palabra ‘perdón’ y es refiriéndose al sacramento de la reconciliación. Se puede descubrir de manera implícita cuando se hace alusión a la aceptación de las limitaciones de nuestras hermanas, en el n.º 22. Y en el Directorio aparece una sola vez la palabra perdón, en el n.º 73, como medio de ascesis: *pedir perdón, a quien se ha ofendido y a la comunidad, por las faltas que hayan herido la caridad fraterna*. Démosle a estas palabras toda la fuerza que en sí contienen, aunque sólo aparezcan una vez. Sabemos que el perdón es un distintivo del cristiano, y mucho más de la mercedaria, que se une al misterio redentor de Cristo, por su consagración bautismal y religiosa. De ahí que el carisma mercedario reivindique el perdón como fruto pascual.

En nuestras Constituciones encontramos también la importancia que tiene la oración para el carisma mercedario. Y en este momento nos vamos a detener en aquellos aspectos en los que se ve claramente que la caridad y la misericordia nacen de una oración auténtica. Y es que la oración mercedaria no es una oración contemplativa sin más, sino que la contemplación para la mercedaria debe tener una proyección social. Así pues, en nuestra oración debemos mirar y contemplar la misericordia entregada. Ahí nos encontramos, en primer lugar, con el Jesús de los caminos, que estuvo atento a las necesidades de los demás y derramó su misericordia de manera incondicional. Y por otro lado, encontramos su entrega que le llevó hasta el extremo por amor.

En este sentido, no se trata de una oración intimista la nuestra, sino una oración encarnada, una mística redentora. Miramos la cruz de Jesús y la cruz de nuestros hermanos, y en la cruz encontramos motivos suficientes para orar, ya que nos invita a ponernos en el lugar de nuestros hermanos y colocarlos en el corazón del Padre, como decíamos antes, lugar en el que cada ser humano existe desde siempre.

El sentido redentor del carisma nos ayuda a descubrir en el misterio pascual el valor humanizante del dolor (Const. 7), pues Dios lo mira con misericordia, y a nosotros nos sitúa en los límites del ser humano. Y es que nuestra oración debe producir frutos de caridad redentora y justicia, y si no, no es oración (Const. 47). Ya en las primeras Constituciones lo decía el P. Zegrí: *“...en ella se aprende la verdadera caridad”*. Y en las Constituciones actuales se dice: *“Solidarias con el destino de la humanidad, presentaremos a Dios los acontecimientos del mundo, sus angustias y sus esperanzas”* (Const. 49). Es la oración de intercesión de la que hemos hablado en las obras de misericordia. Por otro lado, *“la Eucaristía nos compromete a traducir en gestos de amor el don recibido”* (Const. 54). Y el sacramento de la reconciliación es fruto del amor misericordioso de Dios y de nuestra actitud de conversión (Const. 55).

En lo referente a la misión, el número 62 de Constituciones es donde aparece de manera explícita el papel relevante de las obras de misericordia en nuestro carisma. Todo lo expuesto anteriormente en cada una de ellas, podríamos decir que constituye parte de la teología de nuestra misión redentora a través de las obras de misericordia.